

## Nacionalismo y terrorismo

AGAPITO MAESTRE  
*Universidad de Almería*

ESCRIBIR EN ESPAÑA SOBRE EL FENÓMENO NACIONALISTA sin referirse al nacionalismo vasco y el terrorismo de la banda criminal ETA es un ejercicio de hipocresía moral. O, peor aún, es una frivolidad intelectual que acaba cerrando los ojos ante el crimen nacionalista. Sin embargo, un significativo número de académicos españoles son tan obtusos, aunque ellos se llamen «prudentes», que ni siquiera son conscientes de su torpeza intelectual y maldad moral. A los que nos importa la continuidad de España, de la España democrática y garantizadora de las libertades, no tenemos otra alternativa que argumentar contra la confusión perversa y torticera que distingue entre dos nacionalismos en el País Vasco; por un lado, estaría un nacionalismo bueno y democrático, avalado legítimamente por las mejores intenciones y argumentaciones históricas e ideales; y, por otro lado, encontraríamos un nacionalismo radical y hasta perverso que utilizaría la violencia como medio para la construcción de la nación vasca. ¡Falsa distinción! Por supuesto que existen diferencias, incluso una lucha feroz, por hegemonizar el proceso independentista entre partidarios de esos «dos» nacionalismos. Sin embargo, después de tanto asesinato y, sobre todo, después del Pacto de Estella entre todos los nacionalistas, nadie puede negar una estrategia común del nacionalismo vasco por imponer totalitariamente una comunidad euskaldún so-

bre el resto de la sociedad vasca, o sea, están unidos por su odio a todo lo español, la guerra al Estado democrático, la persistente falsificación de la historia para justificar asesinatos, etcétera. Así las cosas, he aquí mis opiniones recientes sobre el nacionalismo vasco, en particular, y sus relaciones con los otros nacionalismos periféricos de España, en general, con fecha y título, que no difieren, dicho sea de paso, en lo esencial de lo que vengo manteniendo hace más de quince años.

#### 1. IRRESPONSABILIDAD Y MENTIRAS ANTIESPAÑOLAS

##### 1. IRRESPONSABLES

Mientras la posibilidad de construir la nación democrática española en el País Vasco empeora día tras día, diré que el tribalismo de los caciques ha conseguido triunfar nuevamente en la historia de España. ¿Quiénes son los responsables de tanta barbaridad? Por descerebrados dejo aparte a los asesinos de ETA y a sus secuaces, también a los dirigentes más prominentes del nacionalismo vasco, catalán y gallego, y menciono únicamente a los que han jugado con los dicterios de los independentistas.

1. Los partidos políticos de la nación española que han pasteado con los intereses separatistas de los nacionalismos periféricos para ganar unos cuantos votos que les permitieran sacar tajada para sus intereses partidistas.
2. Los responsables de los grandes medios de comunicación que se han dedicado a promocionar el casticismo regionalista para vender sus «cosmopolitas» suplementos de basura cultural.
3. Todos aquellos que han guardado silencio cuando había que construir el Estado nacional y democrático.
4. Quienes han nutrido ideológicamente, o sea, de mentiras y engaños a todos aquellos que han manipulado la historia ilustrada de España diciendo que ésta no es una nación, sino una estructura represiva de las naciones catalana, vasca y gallega.
5. Todos los mercachifles del derecho que consideran los «derechos históricos» –por ejemplo, pagarés forales– por encima de los derechos del Estado democrático.
6. La iglesia católica que retóricamente se declara ecuménica y en los territorios periféricos azuza el alma de sus fieles para que sólo se identifiquen con la tierra que los ha visto nacer y con el dios que les insufla ánimo, pero nunca como ciudadanos de un Estado democrático.
7. Los intelectuales que no han tenido otro discurso que anatemizar como franquistas a los que hablaban de nación española.
8. Los periodistas que nos acusaban de exagerados y de «nacionalistas» españoles a los que criticábamos –hace más de quince años– las barbaridades de Pujol cuando decía implícitamente, lo que ahora mantiene explícitamente, a

saber, España no es y, por supuesto, no era una nación. 9. Los «teóricos críticos» del nacionalismo que, después de su «deposición» antinacionalista, huyen de cualquier propuesta de nación democrática española. Y 10. los analfabetos universitarios que se han reído del antropólogo e historiador británico afincado hasta su muerte en Andalucía, Gerard Brenan, cuando decía: «España es el país de la 'patria chica' [...]. Como en los tiempos clásicos, un hombre se caracteriza en primer lugar por su vinculación a su ciudad natal o, dentro de ella, a su familia o grupo social, y sólo en segundo lugar a su patria y al Estado. En lo que puede llamarse su situación normal, España es un conjunto de pequeñas repúblicas, hostiles e indiferentes entre sí, agrupadas en una federación de escasa cohesión». ¡Viva el *trágala* de Zumalacárregui! ¡Dios, cuanto más leo a Galdós, más se agranda su genio!

## 2. NIHILISMO TERRORISTA

Durante mucho tiempo el discurso terrorista logró incapacitar a la ciudadanía, pero lo que es peor tuvo atrapado con su terror a los discursos alternativos. El desconcierto entre los críticos del nacionalismo, e incluso la propia teoría crítica del nacionalismo, provocó cierto hastío en el ánimo de los ciudadanos más ilustrados. Algunos llegaron a creer que el nacionalismo terrorista tenía un fin próximo, una solución más o menos inevitable con un plazo fijo. Era la consigna terrorista propalada por todos los nacionalistas. Entre demócratas y asesinos no hay otro diálogo posible que el contenido en el uso público de la Constitución. Discreción y paciencia son síntomas de buen gobierno siempre que no acaben en secreto cambalache. Mejor dejar abierto el asunto antes que cerrarlo en falso. Mejor que participen todos los partidos que sólo unos pocos dirigentes. En fin, cuanto más secreto haya en los intercambios, transacciones y negociaciones (no creo que esto sea un diálogo en condiciones de igualdad) entre el Gobierno y los asesinos, más demandas irracionalmente *necesarias* exigirán los nacionalistas en público (la Asamblea de Municipios Vascos, un sanguinario presidiendo una Comisión de Derechos Humanos, o el posible alojamiento de un Grupo Terrorista kurdo en una institución democrática no son más que el comienzo del disparate etarra «participando» en la destrucción del Estado de derecho, naturalmente todo ello muy bien arropado por las soflamas de Arzallus, Pujol y Beiras). Por todo eso, me sorprende que buenos e intencionados demócratas se extrañen del último dislate nacionalista, en vez de responder con acciones democráticas de carácter movilizador contra la gran mentira montada sobre el fin de la violencia. Después de someter la

libertad de los españoles, la natural, y sobre todo, la conquistada políticamente, a un orden necesario de soluciones criminales, todo les está permitido. Contra la lógica totalitaria de lo inexorable del nacionalista, que ofrece permanentemente «soluciones» y «reconcilia» lo irreconciliable (negociación o asesinato), sólo cabe decir tampoco yo soy nihilista porque, como dijo Cioran, la nada es aún un programa. Porque quizá todo es contingente no quiero nada con los nacionalistas, que someten la realidad a necesidad. Sin libertad nada hay que hablar con los terroristas.

### 3. LA MENTIRA ANTIESPAÑOLA

Después del asesinato del concejal de Ermua, Miguel Ángel Blanco, toda España expresó su mayor anhelo: más y mejor democracia para acabar con los asesinos y sus palmeros del nacionalismo periférico. Sin embargo, los profesionales de la antipolítica han seguido jugando al camelo asesino y cruel del nacionalismo periférico con el único objetivo de liquidar el radical espíritu democrático surgido en Ermua. Esta penosa travesía del profesionalismo político español se ha visto aliviada por las declaraciones de Aznar sobre el PNV, pero el «fino» personal del comentario «político» se solivianta por no sé que historias de estilo. ¡Cuánto mejor nos hubiera ido, si Suárez, Calvo-Sotelo y González se hubieran adelantado a las declaraciones recientes de Aznar! Después de tragar Pacto de Estella, Declaración de Barcelona, y lo que no está en los escritos, Aznar plantó cara al nacionalismo. Tenía toda la legitimidad del mundo para hacerlo, porque era el presidente de todos los españoles y, sobre todo, porque sufrió un terrible atentado de los criminales de ETA. Por lo demás, Aznar no ha hecho sino repetir lo que cualquier españolito de a pie está harto de gritar desde hace décadas. Excepto unos pocos (me parece que no llegan a dos millones entre nacionalistas vascos y catalanes), el ciudadano demócrata sabe que esa gente, que son un «género» entre las peores especies del casticismo atavico español, ha tenido, y sigue teniendo, al resto de la ciudadanía asustada; pero los partidos políticos de carácter estatal parecen dispuestos a seguir sopor-tando todas la vejaciones y tropelías perpetradas por estos ventajistas contra los ideales democráticos de los sufridos españolitos. El PP, el PSOE, el PCE (ahora IU) han jugado, y me temo que siguen jugado (el llamado sector de convergencia o maragalliano del PSC es todo un ejemplo de lo que digo), a intercambiar desigualdades regionales y muertos por votos; han conseguido arruinar las energías de los buenos ciudadanos españoles. Pero, por fortuna, España es algo más que una mísera nación, es una historia; es algo más que una ridícula «nación de nacio-



nes», es un imperio literario, especialmente poético y narrativo; es algo más que un melifluido Estado de culturas autonómicas, es una grandiosa cultura; es algo más que una monarquía, es un sentimiento de patria digno de ser racionalizable por hombres libres en condiciones de igualdad.

Por todo eso, me entristece, cada vez más, la demanda de un Estado federal asimétrico, pues, no pretende otra cosa que esconder las vergüenzas de los perturbados secesionistas del nacionalismo periférico español. El nacionalismo es una mentira, que a fuerza de repetirse se ha convertido en una burda ideología, que un sector de la «izquierda» más indocta repite sin cesar, sin percatarse de que la cuestión de España sigue siendo nuestro principal problema político. La Constitución de 1978 ofreció soluciones importantes para resolver un problema histórico, pero el nacionalismo periférico, tan cruel como insaciable en sus apetencias secesionistas, nunca la aceptó sino como plataforma para sus espurios intereses.

Pero, para desgracia de la democracia española, lo peor no son los nacionalistas, sino los que sitúan el problema de España como un asunto de «derechas» e «izquierdas». Mientras que estos pobres ignorantes, que al no poder transformar la realidad han intentado darle otro nombre («Administración», «Estado español», «este país», etcétera), no se enteren de que la identidad y unidad de España no son cuestiones que puedan resolverse en ese plano, estaremos sometidos a todo tipo de engaños y mentiras sobre la democracia española. La cuestión de España ha sido utilizada con especial imprudencia por los que alguna vez «militaron en la izquierda», que se olvidaron de España porque la identificaban con franquismo; sospecho que, después del trágico de haber sido despojados del Gobierno, aunque no del poder, durante más de cuatro años, siguen faltos de juicio político pegándole a un bueiro muerto con el cuerno del federalismo asimétrico. Junto a los llamados «derechos históricos», «hechos diferenciales», «Estado plurinacional», este grosero federalismo asimétrico es un vericuetto disgregador más para asaltar la Constitución de 1978, que soporta la idea de una España como Nación plural y cohesionada cultural, social y políticamente.

El «federalismo» asimétrico es una maniobra de distracción para no entrar en la cuestión fundamental: ¿Cómo acabar con el asesinato terrorista?, ¿cómo la vida española se resiste a la vida?, ¿cómo seguimos instalados en una vida que se niega a sí misma? Aunque respuestas no faltan, es necesario admitir que las soluciones son falsas porque no traspasan el ámbito de la teoría. Más que especulaciones, deseamos ensayos; más que abstractas elucubraciones, deseamos experiencias intelectuales; más que peroratas sobre el patriotismo (poco importa si son a

favor o en contra), queremos que nos hablen, que nos narren la vida pasada de España para poder conllevar la nuestra. Es necesario reconstruir nuestro historial clínico para atajar la nueva enfermedad. Porque es imposible sanar este tipo de vida que niega la vida, el terrorismo, sin conocer su origen, el intelectual español tiene que esforzarse en reconstruir anamnéticamente su idea de la vida española, de España; esforzarse por volcar todos los datos a su alcance, su sabiduría, en un pensamiento capaz de descubrir ese fondo último, como dijo María Zambrano, de la certidumbre de encontrar en la Razón, la Vida, o en la Vida, la Razón. Nadie encuentre en esta idea un imperativo de la humanidad, tampoco una receta normativa para los males que nos aquejan, y mucho menos un intento por conciliar lo irreconciliable, sino una sencilla plegaria, un volátil afecto intelectual, que el hombre de carne y hueso puede entonar cada mañana para sobrevivir sin tener que soportar el odioso complejo de ser hombre como los asesinos de ETA. No obstante, ni siquiera esta plegaria nos asegura la solución de lo insoluble; aunque como dijo Cioran (el filósofo rumano-francés que se lamentaba profundamente de no ser español, justo es recordarlo ahora que muchos renuncian a llamarse españoles), lector de Ortega y seguidor inequívoco de María Zambrano, porque no todo es necesario, todo no es sin-sentido: quizá estos asesinatos de ETA sean la última expresión de la dimensión más patética de nuestra historia, la consciencia, o peor, la obsesión por la decadencia de uno de los países más poderosos del mundo.

#### 4. *¡JAMÁS CALLAR!*

Porque silenciarnos es el primer objetivo del nacionalismo terrorista, no debemos callarnos. Porque no hay vida humana sin anhelo, expresión primigenia de la humanización de la historia, no podría no suscribir los manifiestos a favor de la libertad y contra el terrorismo nacionalista vasco. No sé cuáles puedan ser los efectos de esos manifiestos, pero al menos permiten reconocer la paradoja de la muerte: el sacrificio de un hombre no trae libertad, pero quizá conceda un sitio al futuro, sin duda oscuro, pero lleno de vida esperanzadora. En España, sin embargo, son pocos los que creen en él, si no es a través de la experiencia del sufrimiento. Por desgracia, según mantiene el poeta, es como si la vida sólo quisiera revelarse en la sangre. El asesinato de un hombre que tuvo la tentación de existir, de ser libre, nos impele a hablar de nosotros descendiendo al infierno de nuestra alma, de nuestra historia. Sin entonar un canto retórico por la libertad, suscribo cualquier iniciativa por la libertad, contra los asesinos de ETA y el nacionalismo, y me esfuerzo por plantear

con rigor intelectual cómo es posible transitar de una historia trágica a una historia ética, de una historia de sacrificios e inmolaciones a una historia de libertad y vigilia, de una historia de sueños absolutistas a una historia inacabada, de una historia mítica y triste a una historia viva y jovial. ¿Cómo es posible, formulado de modo más radical, no querer ser libre? Intentar contestar esta pregunta es iniciarse en la tragedia de la condición humana, que los españoles hemos descubierto, por decirlo con Cioran, con la desganada defensa de una especie de ilusión sombría. La ilusión, el anhelo, en fin, la esperanza de la libertad serán manifestaciones auténticas de una vida digna de ser vivida, en la medida de que seamos capaces de hablar de nuestro trágico destino, asumiendo, otra vez con terminología de Cioran, nuestro orgullo de desesperar. En vez de cantos retóricos a un futuro mundo feliz de libertades y paz de cementerio, hemos de reconocer el hondo sinsentido de las víctimas del terrorismo en ese contexto criminal de nuestra historia. Me gustaría creer que el sacrificio de cualquier víctima de ETA, refuerza los vínculos democráticos de esa comunidad de «destino» que llamamos España; desearía creer que el horrible asesinato de un hombre trae, contra lo que pretende la saña terrorista, más libertad, pero no puedo callar que una especie de suicidio recorre la trágica alma de quienes apenas esperan nada de la vida política española, que primero actúa y después piensa, y, lo que es más grave, se obstina en conocer a través del sufrimiento de nuestra acción.

##### 5. ¡AULLIDOS Y PERDÓN!

Cuando escribía las últimas líneas recordaba con tristeza mi interpretación de la famosa «tregua» de los etarras. He aquí lo que decía: ¡Ahora sí aúllan! También lo hicieron en el pasado, aunque adaptados a vivir en el presente, como los animales, lo han olvidado. No tienen memoria ni futuro. Son los terroristas etarras, residuos del carlismo pasado, y principal causa del nacionalismo vasco de hoy. Adheridos a su territorio proyectan su perversidad sobre los otros: ¿Por qué es inhumano cumplir las condenas lejos del lugar del crimen? De acuerdo con la destrabada tesis de que el conflicto vasco es una guerra, equiparan sus asesinatos al cumplimiento de penas dictadas por el Estado de derecho. Los asesinos etarras, junto a sus ideólogos y obispos, imponen una tregua, una suspensión temporal de sus asesinatos, para que sus presos salgan de las cárceles y luego aceptemos sus consignas. La tregua, como el «perdón» de Setién, son manifestaciones de su violencia, de la defensa salvaje de un territorio que no desean compartir con nadie que no se comporte como ellos.



La tregua, ese extraño «perdón» precedido de la condenación absoluta del Estado de derecho, es la gracia que nos conceden los paranoicos a cambio de que obtengan más beneficios. ¿Por qué extrañarse? Siempre fue así: el violento canjea «perdones» por sometimiento. Nos «perdonan» la vida a cambio de más «legitimidad», pero ellos jamás piden perdón —cuando alguno de los suyos lo pidió fue asesinado por la propia banda—. Tampoco Setién suscribe el documento de los familiares de las víctimas (de ETA y también del GAL) exigiendo a la organización terrorista que pida perdón por sus acciones, o sea, un compromiso para empezar de nuevo. ¡Y es que no debe ser fácil para quien vive instalado en la mentira pasar del aullido al perdón!

Pero los terroristas sólo serán ciudadanos, cuando sean capaces de transitar por ese puente que nos lleva del triste rugido emitido por el animal a la exclamación desgarrada del ciudadano. Los etarras tendrán que imitar las exclamaciones de los hombres libres: ¡Yo perdono a los asesinos de ETA! También perdono las descabelladas comparaciones entre asesinos y víctimas del obispo Setién. Perdono a los culpables para que vuelvan a nacer al mundo de los mortales. Perdono a los causantes del mal para abrirme al bien. Perdono y vuelvo a perdonar a los malvados, pero que nadie ose perdonar el mal mismo, porque su olvido puede conducir a su repetición. ¡El mal causado es un hecho ontológico! ¡Es imperdonable! El mal no es la otra cara del bien, entonces sería perdonable, sino su contrario. Sólo su crítico recuerdo, quizá lo más cercano al perdón, podría iluminar nuestro presente como si estuviéramos en el futuro.

El ciudadano, en cambio, quiere política: un perdón sin beneficios, esa humana facultad de hablar del futuro como si estuviéramos en el presente, sin olvidar el pasado, porque el perdón exonera al malvado no la maldad. ¡El mal hecho siempre existirá! El malvado es perdonado, pero la maldad es imperdonable. Esta es la cuestión: aullido o perdón. La confusión entre instinto animal y facultad humana es una falsa solución, un aullido de rabia, entre una alternativa ineludible: vida o muerte. El perdón es una facultad de los hombres para exonerar de su pasado calamitoso a los asesinos y a los paranoicos. Porque el perdón no es facultad de los dioses sino de los hombres, el grito está justificado, la exclamación no está al alcance de cualquiera que no sea ciudadano, o sea hombre.

## 6. LA TREGUA

Dirigidos con urbanidad carcelaria nos conducen a la autodestrucción. En el camino estará permitido casi todo, excepto levantarse y caminar



erguidos hasta sentirnos independientes y libres de las ataduras tribales. La guerra civil mató la posibilidad de una España democrática. La dictadura franquista consiguió rematar ya para siempre cualquier idea razonable de España. La transición no supo leer críticamente nuestro pasado y se echó en brazos del obtuso nacionalismo periférico *español*. ¿Nacionalismo de izquierda o de derecha? No hay opción, sus móviles criminales los equipara. Todo en el nacionalismo periférico es terriblemente idéntico. Ahora, en este tiempo de tregua, se trata de narcotizar un poco más a los desarmados ciudadanos para que sigan yaciendo frente a un televisor. ¡La consigna es que nadie se levante! ¡Ojalá fuera una cuestión de federalismo! La descomposición, o mejor, desaparición del mínimo Estado democrático en el País Vasco es ya un hecho a través del «Estado» de tribus localistas, o falsamente autonómico.

Porque pertenece al pasado habrá que recordarlo: nuestra autodestrucción ya es contada en los periódicos. No sé lo que queda de España, pero algunos dicen que apenas nada. ¡No importa! Ser español es una casualidad. Soy español porque no puedo ser otra cosa, decía el gran Cernuda. Lamentarse es ridículo, pues, la existencia del ser humano es inestable y precaria. Comparada con otros grandes animales nuestra vida es casi milagrosa.

No hay que exagerar, dicen algunos «poderosos» de la violencia, del engaño y la frustración, pues hay asuntos que van muy bien. Todos estos asesinatos pasarán muy pronto. Exigen urbanidad y exhortan al silencio de cementerio, pero porque todavía vivo de pie no acepto estos imperativos del poderoso. Y digo que esto, la tregua nacionalista, es un descanso de los terroristas y de todos sus aliados nacionalistas, esto es la antesala de la expulsión o aniquilación de los ciudadanos españoles del País Vasco. España no existe para los nacionalistas, pero su cadáver es el alimento de los buitres carroñeros de la periferia. La tregua es una mascarada. La tregua no es una condición sino el enunciado de una pretensión: reconocimiento de que España no existe. Reitero al modo juarramoniano: En medio de todo y fuera de todo, este estar sin estar, esta manera de ser español, o sea de no ser (aquí estamos los que no podemos ser otra cosa que españoles), el «anuncio» o declaración de tregua nos ha traído tanta alegría como desazón. ¡Un país normal! ¡Autonomía, autodeterminación, federalismo, confederación! ¿Y después? ¡Nada!

Posiblemente, por esa horrible nada, deberíamos volver nuestra reflexión a la pregunta de Américo Castro: «¿Por qué los españoles se resisten a serlo?». La respuesta a esta cuestión es hoy más urgente que en tiempos de Américo Castro, entre otros motivos, porque los asesinos

de ETA nos avisan, nos recuerdan, que seguirán matando por el «placer» de matar. La famosa tregua ha terminado. Los asesinos «dulcificaron» su ferocidad durante unos meses, pero no han sido capaces de *autolimitarse*, de ser *autónomos*, de ser hombres. Por supuesto, el resto del nacionalismo vasco, después de las retóricas condenas, seguirá obsesionado con la mentira etarra.

## II. NACIONALISMO Y FOROS CÍVICOS

### 1. PUEBLO HEROICO

Que nadie haga llamados a la calma, porque el pueblo está muy por encima de sus dirigentes; que nadie perore sobre histerias colectivas, porque los ciudadanos españoles, y muy especialmente los vascos, saben muy bien de qué va esta malahistoria de las obtusas élites políticas, que a la muerte de Franco se «entregaron» con fervor inusitado a los dogmas del nacionalismo separatista de vascos y catalanes para llenar su inmenso vacío ideológico; que nadie ose dar consejos a los de abajo, porque su actitud política es la fuente de la tambaleante legitimidad de unas élites políticas bloqueadas por la creciente *desvertebración* del Estado español. Los del Foro de Ermua, símbolo extraordinario de las organizaciones cívicas y de todos los ciudadanos que salen a la calle a protestar contra el nacionalismo, son el suelo y el horizonte de nuestra libertad. ¡Son nuestra única esperanza! Por el coraje democrático mostrado por los anónimos ciudadanos de toda España contra el asesinato nacionalista, por la capacidad de indignación que aún mantienen frente a la barbarie etarra, y porque su ejercicio cotidiano de libertad y sentido común, o sea político, son muy superiores al de sus élites intelectuales y políticas, es preciso reconocer, más allá de un retórico ejercicio de populismo democrático, que son un ejemplo de sustancia democrática para toda Europa. Aunque sólo fuera por eso, además de homenajear permanentemente a los muertos por la democracia, es cada vez más necesario hablar del esfuerzo de hombres y mujeres de carne y hueso que, en España y, muy especialmente, en el País Vasco, siguen manifestándose contra el terrorismo. Sus rostros de dolor e indignación, curtidos en la afirmación cotidiana de su individualidad, su libertad, frente al trágico destino de la historia, nos transmiten la esperanza imprescindible para perseverar en la posibilidad de una historia política, e incluso ética, a partir de la contemplación de la fatalidad, de ese receptáculo de muertes y asesinatos de individuos inocentes, que es la historia reciente de España.

## 2. UN MOTIVO PARA LA ESPERANZA

Fue una perversidad atar el desarrollo de la democracia al proceso autonómico, pero fue peor creer que el Estado de las Autonomías traería un normal equilibrio entre las diferentes Comunidades Autónomas. Las consecuencias están a la vista: carencia de las mínimas libertades de expresión en el País Vasco, que conduce a los mejores al exilio, a la marginación o al aniquilamiento; miedo de los ciudadanos españoles a perder la vida por el terrorismo nacionalista, que en el País Vasco se ha convertido en un difícil ejercicio cotidiano por salvar el pellejo; exclusiones permanentes de ciudadanos que cuestionan el atroz nacionalismo identitario de Pujol, que la izquierda catalana silencia con el escupitajo ideológico del Estado asimétrico, o el ridículo llamado al tradicionalista federalismo retórico y vacío de historia y contenido; las diferencias crecientes entre las Comunidades Autónomas, según revela un interesante informe del Consejo Económico y Social que han intentado vetar los sindicalistas de la periferia, ponen en peligro la cohesión social, la unidad del mercado y, sobre todo, los derechos individuales que derivan del artículo segundo de la Constitución, es decir, de la indisoluble unidad de la nación española. Y, sin embargo, estos oscuros nubarrones de nuestra democracia no son atribuibles, por primera vez en la historia de España, al Gobierno de la nación, que sufre como el que más la plaga del terrorismo y la perversión del nacionalismo periférico. Aunque uno no es muy dado a los entusiasmos, no deja de ser éste un motivo digno de resaltar, un dato afirmativo de la democracia española, pues parece que el Gobierno no menos que los ciudadanos está seriamente preocupado por la vertebración nacional y democrática de España a partir de la solución del terrorismo vasco.

No obstante, y para que nadie nos llame ingenuo, no sé hasta dónde el Gobierno del PP, o el resto de los partidos democráticos, estarían dispuestos a ceder en algunas de sus posiciones partidistas para que las soluciones fueran más rápidas. Por este camino no espero mucho de los partidos, si no son presionados por la fuerza de la argumentación de los hombres agrupados en asociaciones y foros como el de Ermua o en la Asociación Civil *¡Basta ya!*. Más aún: sin la resistencia numantina de los de abajo, créanme ejemplares ciudadanos del *Foro de Ermua*, apenas tiene sentido nuestra *meditación*, una preocupación atemperada por el transcurrir dramático y triste de la vida cotidiana en el País Vasco. ¡Son la mejor prueba de la democracia española! Pues, en mi opinión, de los políticos profesionales se puede esperar poco. Predomina el político parlanchín de retórica hueca, sin otra severidad intelectual que no sea contar votos.



A veces, sin embargo, los políticos dicen cosas y anuncian contenidos verosímiles, e incluso exhiben un discurso coherente acorde con serias convicciones políticas. Aunque sólo fuera por comprobar este cambio, un esfuerzo sincero por recoger las demandas ciudadanas y traducirlas en categorías políticas, les sugiero la lectura de la conversación de Aznar con Juaristi, García de Cortázar y Bardají, que recoge la revista *El noticiero de las ideas* en su tercera entrega. La lectura de este trabajo es aconsejable no sólo por la relevancia y singularidad que pudieran albergar las opiniones de Aznar sobre el nacionalismo, sino también porque no estamos ante la típica entrevista a esa gente de mucho perorar y poco decir, que son los políticos en permanente campaña por atrapar un voto. Aparece un nuevo talante en estas declaraciones dignas de elogios, que apuntan más a la reflexión sobre las grandes cuestiones de Estado que a la caza del voto. Esperemos que este nuevo tono también fructifique en la oposición, especialmente en el PSOE que, según opinión de su nueva ejecutiva, resultará decisivo para convertirse en una verdadera alternativa de gobierno de una democracia avanzada. Si también en política el estilo es el pensamiento, esperemos que los nuevas maneras del Gobierno y el partido mayoritario de la oposición consigan abandonar esa abominable connivencia «prudencial» con cualquier tipo de circunstancia, aunque ésta sea la más peligrosa, que hace a casi todos los políticos equiparables en estulticia.

En esta entrevista Aznar se ha atrevido a decir en público algo importante, que otros políticos no se cansan de repetir en privado y con la boca pequeña: «Hemos cometido el error de reconocer pluses de legitimidad histórica a los principales partidos nacionalistas». Este error, cometido por todos los partidos nacionales, es nuestra gran carga para el futuro, que sólo con políticas nacionales radicalmente democráticas podrá ser rectificado. En efecto, con un Estado de las Autonomías, tan descentralizado como el español, el odioso victimismo del nacionalismo periférico no sólo ha dejado de tener sentido hace ya tiempo, sino que es profundamente injusto, insolidario, antidemocrático y, a veces, criminal con el resto de los españoles. Porque el discurso reivindicativo de hace veinte años, viene a decir Aznar, ha dejado de tener sentido desde todos los puntos de vista, especialmente desde la defensa de la igualdad y la democracia, hay que exigir de todas las fuerzas políticas «la obligación de la estabilidad y de la solidaridad financiera», la responsabilidad ya no es sólo del Gobierno sino que es una responsabilidad compartida. La España democrática ya no es, o al menos no debería ser, una agrupación más o menos pacífica de diecisiete Comunidades Autónomas obsesionadas por mirarse el ombligo, sino una nación plural y

diversa capaz de acoger cualquier tipo de opinión siempre que se defienda pacíficamente.

Porque muchos ciudadanos de a pie compartimos esta idea de nación española, incluso muchos somos los que nos esforzamos por *tener* una idea de España democrática más acá de las *creencias sobre un presunto nacionalismo español*, es decir, al margen de un españolismo tan trasnochado como inexistente, y porque pocos son los políticos nacionales que se atreven a cuestionar el fondo antidemocrático que late en los partidos nacionalistas, es de agradecer este tipo de transparente razonamiento democrático sobre la cuestión nacional de España del actual presidente del Gobierno: «Cuando los representantes de partidos nacionalistas me plantean continuos agravios históricos, yo me digo que es un milagro maravilloso: que todos los territorios puedan sentirse agraviados, y a la vez esos territorios formen parte del mismo país durante más de quinientos años, es un factor para el optimismo verdaderamente extraordinario: ni siquiera nosotros hemos podido con nosotros mismos, lo cual es algo colosal. A esto es a lo que yo me refiero cuando hablo de la *fortaleza de España*».

### 3. CIUDADANOS Y CRIMINALES

Pero los ciudadanos españoles siguen saliendo a la calle a gritar libertad contra los criminales de la nación democrática española. Son ciudadanos inquietos y con «miedo», que salen una y otra vez a la calles para afirmar su libertad, para manifestarse contra los asesinos y sus voceros; son los luchadores de base contra el terrorismo, que casi nada tienen que ver con los políticos profesionales, y menos aún con los intelectuales que se distancian del fenómeno porque tienen miedo a las consecuencias de pensar sin redes partidistas o ideológicas. Quienes salen a la calle, denuncian con tristeza, pero con firmeza, y plantan cara al nacionalismo vasco con su protesta, por desgracia, cada vez más cotidiana. Son españoles dignos de admiración. Sin duda alguna, el mérito de los que están en el País Vasco, los que levantan su voz al lado de las alimañas y gritan libertad, no sólo rozan el comportamiento heroico, sino que ya han conseguido mostrarnos al resto de los españoles que «la esperanza rescatada de la fatalidad, como dijera Zambrano, es la libertad verdadera, realizada, viviente».

A todos esos seres esperanzados, escasamente arropados por el anonimato de su ciudadanía democrática, que no se cansan de protestar contra el nacionalismo vasco, debemos reconocerles que sin su acción la vida del resto de los españoles sería menos digna de vivirse. Es una gracia,

casi un milagro democrático, asistir al espectáculo de tantos hombres y mujeres de España que resisten y argumentan, protestan y sobreviven a la muerte, razonan e imaginan y, sobre todo, siguen indignándose por los discursos y las acciones del nacionalismo vasco. El comportamiento de este anónimo ciudadano, aunque muy concreto y carnal, es uno de los mayores ejemplos de ciudadanía que hoy puede encontrarse en las democracias europeas; precisamente por eso, sería menester que la propia Unión Europea se implicase más aún en acabar con el independentismo vasco, la peor amenaza fascista que hoy tiene la democrática Europa. Nadie debería olvidar que los ciudadanos son la carne y el espíritu fundamental para construir un tejido democrático, que los profesionales del poder, a veces muy bien acompañados por su voceros intelectuales, creen que se genera por inercia o, peor todavía, por el divino pichón que preñó a María. La democracia no está en los gabinetes sino en la calle: no basta con decir somos demócratas para profundizar la democracia; el verdadero profesional de la democracia requiere valor e inteligencia para recoger todo lo que dicen esos anónimos ciudadanos y, después, traducirlo en energía genuinamente política.

Otro gallo nos cantaría ahora, si en el verano del 97, cuando asesinaron a Miguel Ángel Blanco, los políticos profesionales hubieran tomado en serio la demanda de lo que fue la mayor explosión democrática que este país ha podido conocer en este siglo. En honor a la verdad es preciso decir que el PP se quedó bastante aislado a la hora de recoger esta inmensa energía ciudadana, que otros quisieron administrar para ganar votos; pero, mientras los partidos democráticos se entretenían en extrañas discusiones, los nacionalistas no perdieron tiempo para agruparse en manada. Sintieron el pánico ante lo que ellos intuían, e intuían acertadamente, una inmensa revolución democrática y firmaron el pacto de Estella, que no pretendía otra cosa que la totalitaria limpieza étnica a través de la aniquilación, destierro o asimilación de todo lo que suene a español. Y en ello estamos... El asunto es claro: ¡totalitarismo nacionalista contra democracia española!

#### 4. LA BARBARIE NO DIALOGA

El problema no es sólo el PNV, sino los que pretenden jugar con el PNV, como ya hicieron en el pasado con el abertzalismo más cerril. Desde la muerte de Franco hasta hoy, casi todas las soluciones de colaboración con el PNV han sido ensayadas para terminar con el terrorismo, pero todas han conducido al fracaso. ¿Por qué ahora será diferente? No hay razones para pensar que el PNV está lejos de los objetivos finales de



ETA; sin embargo, los «nuevos» dirigentes del PSOE quieren volver a las andadas de colaboración con el PNV. Si el PSOE quiere integrar al PNV en una mesa para acabar con el terrorismo, antes debe exigirle de modo claro y distinto que abandone el Pacto de Estella, de lo contrario, sería como meter a la zorra a cuidar el gallinero. Los familiares de las víctimas, los ciudadanos y la mayoría de los políticos, sobre todo cuando están en privado, y no sólo los del PP, saben que con el PNV de Arzalluz y compañía casi nada es posible para que los terroristas dejen de asesinar. Así las cosas, excepto los imbéciles, o los que pretenden cambiar muertos por votos, o los que siguen obsesionados por el franquismo, casi nadie duda de que el Gobierno del PNV, desde que firmara el Pacto de Estella con EH y compañía, está actuando como el gobierno provisional de un frente nacionalista con un único fin: la construcción nacional a través de la limpieza étnica, es decir, de la aniquilación de todo lo que sea español. Y encima los listos de IU, ¡da pena ver en lo que ha quedado el viejo PC de España!, adjuran para que los del PNV no abjuren de sus objetivos soberanistas.

En fin, quizá hayan conseguido que vivamos asustados. Quizá hayan logrado que el miedo sea algo concreto. Quizá hayan terminado por hacer de los equidistantes unos aliados de sus mentiras y asesinatos. Sin embargo, el nacionalismo en cualquiera de sus versiones dista mucho de haber logrado acabar con las energías de los ciudadanos de carne y hueso, que siguen plantándole cara pacíficamente en la calle y en las instituciones. Pero a veces hay signos que ayudan a tener confianza en una solución a tanto desastre; ayer, por ejemplo, fueron los ciudadanos sevillanos ayudando a la policía a capturar a los terroristas y, hoy, es la concesión del Premio de la Paz del Parlamento Europeo a *¡Basta ya!*, y esperemos que haya más... Pero no olvidemos que, además de paciencia, compromiso y confianza en el desarrollo del Estado de derecho, hacerle frente a esa furiosa locura engendrada en los peores infiernos del alma, echarle un pulso vital a ese monstruo humano, requiere mucha voluntad y muchas ganas de caminar erguido, sin hacer dejación de uno sólo de los principios del buen ciudadano, y contundencia de expresión, pero sin caer en la verborrea de los huecos héroes de la sangre y la tierra. Hay que actuar más o menos como se comportan los del *Foro de Ermua*.

##### 5. PACTO DE LEALTAD DEMOCRÁTICA

Finalizado el proceso de definición, aunque mejor sería decir de indefinición, de los nacionalistas vascos sobre el tipo de Estado en el que están dispuestos a participar con el resto de los españoles, la cuestión

política, la posibilidad de diálogo entre demócratas y nacionalistas, ha desaparecido. El nacionalismo vasco ha logrado eliminar la cuestión política por una cuestión antropológica, casi de patología social, que requiere una solución de psicología social que pasa porque el enfermo asuma la estrecha vinculación entre nacionalismo y terrorismo. En efecto, sólo los obtusos, los inmorales y los «equidistantes» niegan la relación, a veces la vinculación directa de causa-efecto, del nacionalismo y el terrorismo. Después del Pacto de Estella y de los asesinatos de ETA, una vez finalizada la tregua-trampa, ya es difícil decir que es primero si las tesis nacionalistas o el terrorismo de ETA. Por eso, precisamente, resulta poco menos que ridículo entablar una discusión entre los demócratas sobre cuáles son las prioridades o las formas de carácter «irenistas» para atraer a los nacionalistas «buenos» al ámbito de la democracia. Aunque existan diferencias de método, en el País Vasco, quizá también en aquellas comunidades autónomas que estén infectadas por el virus del nacionalismo periférico, hace tiempo que desaparecieron las fronteras entre los nacionalismos «buenos» y «malos». Por lo tanto, excepto los propios medios utilizados por los nacionalistas y los terroristas, cualquier método es plausible para acabar con el terrorismo y, de paso, con el nacionalismo que tiene en la violencia su mayor apoyo ideológico. Efectividad de la lucha policial, más eficacia jurídica, movilizaciones ciudadanas, plurales alternativas para el autogobierno del País Vasco, cooperación internacional, mayor cultura democrática, especialmente, para los políticos profesionales, coherencia ideológica en los partidos políticos y otras más que pueden enunciarse no servirán para nada sin un previo acuerdo de *lealtad institucional y democrática* entre los dos partidos políticos, PP y PSOE, que conforman nuestro sistema democrático, para acabar con esta lacra. Éste es el verdadero pilar para acabar con el terrorismo, por aquí deberían orientarse las contribuciones intelectuales para construir un Estado español más democrático, una idea de España como nación, que el nacionalismo periférico parece detestar al ponerse en guardia ante cualquier manifestación a favor de la nación democrática española.